

ILUSTRADOR AMERICANO

DEL SABADO 17. DE ABRIL DE 1815.

Una pillorita al Amigo de la Pátria.

Este papel indecente y prostituido, cuyos viles autores fueron perentoriamente confundidos en los momentos que apuntaron en México los crepúsculos de libertad por el erudito Censor de Antequera, y sabio Pensador, no parece sino que escudados con el desprecio que justamente reclaman sus producciones se han propuesto insultar y denigrar nuestra causa, aglomerando mentira sobre mentira, y pintándonos individuo por individuo con colores que solo servirían para formar el retrato de sus negros y abominables autores.

Bien sabido es que el tal *Amigo de la Pátria* es un abortivo concebido en una hedionda botica, ó mas bien una cataplasma, en la que el ingrediente menos fétido es el honorado y pandonoso Beristain. Este hombre no puede vivir sin que le digan indirectas del padre Cobos; y no contento con los epítetos de perverso Pilatos, Sol de cohecteria, &c. &c. aún quiere su señoría oír mas requiebros que dichos por un insurgente le han de asentar mejor, pues lo relevan de delación y prueba.

Desde el principio de nuestra santa y gloriosa insurrección no han cesado los verdaderos enemigos de la pátria de agotar los sarcasmos mas bajos, y las chocarrerías mas groseras para insultar nuestra moderación, y quizá obligarnos con esto á confundir nuestra noble ingenuidad con el lenguaje de ellos, propio de carronateros y adequadisimo á es clavos envilecidos.

Con mucho honor miohe visto que he sido singularmente objeto de su mordacidad, guardando un respetuoso silencio, hasta que juzgué indispensable rebatir con sus mismas armas á Beristain, quien desde entónces no perdona ocasión, á guisa de traidor y semi renegado, de zaherirme, á estilo de misionero y sin estampar su nombre.

¿Será posible que arroje piedras al texado del vecino, quien tiene el suyo de cristal. Esto puntualmente han he-

cho nuestros enemigos sin temer la venganza de los Rayones y Morelos, y sin respetar los manes sagrados de los Hídalgos y Allen les. ¿Qué se diría de mí, si para rebatir al bárbaro é impolítico sistema de los gachupines propalára que su acerrimo defensor el obispo de Puebla, despues de llenar de escándalo à su iglesia con el público trato ilícito que mantuvo con Doña N. aún ahora de obispo hacia que à sus príncipes é infantes fuera un catedrático à enseñarles los rudimentos de latinidad, y no contento con esto, permitir, como yo lo ví quando me ordené, que el primogénito estúviera à sus espaldas tomándole la mitra y báculo, quizá con las miras de enseñarse desde su tierna edad à ser el báculo de su vejez? ¿Que se diría de mí, si publicara que la dinastía de Beristain habría merecido por su número la consideracion de los griegos y romanos? ¿Qué se diría de mí, si no tuviera embarazo en asegurar que el médico Conmoto cuenta entre sus visitas lucrosas las que le hacen à su muger, revistienlose algunas veces del carácter de hombre integerrimo, obligando à aquella à buscar asilo à las once del dia, como lo verificó desprovorida y desgreñada en casa de la viuda del desnaturalizado Mora? ¿Que se diría de mí, si anticipandome al gachupin Corona hubiera sacado à danzar las facciones de nuestro ex-visir? ¿Qué se diría de mí, si sin perdonar al novel mariscal de los exercitos nacionales y subdelegado de la hacienda pública liciera manifiesta la causa poco honrosa de que Revilla Gigedo siempre lo tuviera fuera de su casa y distante de la capital?

¡Ah! ¿qué se habia de decir de mí entónces si no lo justo? Que era un escritor despreciable, un hombre sin poder, que con esto acreditaba mis bajos principios, y que lejos de servir à la causa por que me decidia la deshonzaba manifestando que no podía sostenerla sino con personalidades indignas del hombre de bien, y solo permitidas para repeler al agresor.

Señores amigos de la patria [si por patria se ha de entender la decrepita y agonizante península] reciban ustedes esta pildorilla, y vd. señor Beristain mi amigo, escuche por última estas dos palabritas que le pueden ser más útiles que los ingredientes de Cervantes, aunque sean recetados por Conmoto:—el Exmó Sr. Morelos con Sarabia, teniente general, se cobró cierto piquillo que nos debimo de un brigadier, cuidado, no sea que este ú otro jefe se cobre:

con un arcediano otro piquillo que aún nos deben de un clérigo valisoletano. = *De ástedes como debo. Velasco*

Este mismo á la nación americana.

Nuestras prensas están ya al cumplir un año de publicar los sentimientos de la nación, y quizá todo se nos ha ido en declamar contra los gachupines, como si este punto no fuera evidenciado, y como si fuera necesario encender una bujía donde penetra la brillantéz del sol. Estoy muy distante de juzgar hayan sido inútiles muchos de los papeles que con honor de la nación han salido á luz y que serán la verdadera apologia de nuestra causa; pero estos mismos repetidos aunque no en los accidentes sí en la substancia, solo harán que monotonizados nuestros conceptos, decaigan del aprecio del público, del ignorante siempre amigo de la variedad y del sábio que conocerá los muchos y bastos objetos á que podíamos destinarlos.

Es necesario ya que al cumplir el tercer año de nuestra independencia tratemos de sistemar nuestros ramos de guerra, de hacienda y de política que hasta hoy subsisten en la apariencia y que si no se han desvanecido del todo es á merced de un patriotismo sin ejemplo. Es indispensable que todo esté siga á la libertad de imprenta, pero una libertad que no conozca mas barrera que el dogma, y que si haya de erigirse un censor solo sea para sostener la pureza de aquel, y hacer conservar el decoro del estilo y de la expresión. Fuera de esto el ciudadano debe hablar y escribir con libertad, sí con libertad, y libertad absoluta, enemiga solo del despotismo, de la ignorancia y de la arbitrariedad: las leyes que ponen restricciones á la libertad del hombre son promulgadas por la tiranía que levanta su mano asesina sobre los pueblos; ella teme su ruina en el momento mismo que el hombre diga lo que siente, y ella sola hace elevar su horrible coloso sobre la miseria, sobre la opresión. dignámosla en dos palabras, sobre la esclavitud de la humanidad.

El fanatismo y la ignorancia oyen el roncó clamor de la tiranía, y hermanados, entre sí estos genios maldícos aborrecen la proscripción de la libertad. Un gobierno justo y paternal nada debe temer de que las facultades del hombre estén en todo su exerecicio, más bien este afanzará su estabilidad y formará su mas invencible antemural.

Pueblos todos del universo que aspirais á la libertad y á la independencia quereis reconocer las verdaderas intenc-

ciones de los que os mandan? ¿queréis saber si vuestras ventajas corresponderán à vuestros sacrificios? pues mirad si os es concedido explicar con franqueza vuestros sentimientos, pero si lejos de esto esclavizan la opinion y ponen grillos al pensamiento, apresurados à destruirlos ciertas de que son unas vívoras que alimentados con vuestra sangre y royendo vuestros entrañas os dexaran incapaces de moveros para el bien ó para el mal.

Nada importa que gritemos libertad si consentimos en ser esclavos, y lo será irremisiblemente si no podemos decir y estrupear quanto nos parezca, y semejantes al loro de la Fábula solo recitarémos en nuestra destruccion política la arca y el desprecio; y bien ¿que otra cosa heños hecho hasta hoy que declarar contra nuestros enemigos? Ah! esta libertad la quisieran en tola su extension los esclavos de México; y lejos de prohibirseles se les ha mandado imperiosamente que en todos sus escritos se expliquen con la mayor libertad contra los insurgentes.

Eilos hacen publicar, jurar y sancionar del modo mas solemne la ridicula constitucion de Córtes; conocen los tiranos todas las ventajas que sacarian de alucinar à los pueblos con la ciega obediencia à este código efímero y despreciable; pero como él à vuel a de innumerables consecuencias y contradicciones asegura la libertad de imprenta, todo lo arrostran, y à los primeros tiros de nuestros sábios escritores, dicen entre sí: ueno! mal es que se nos convenza de ignorantes, de bárbaros y de perjuros, que el que les concedamos una batería que echará por tierra la obra de trei siglos y el fruto de nuestros progenitores.

Americanos, si no puede presentarse mayor testimonio de la tirania de esos visiris que el suspender la libertad de imprenta à pocos dias de haber jurado sostenerla, tampoco debeis dudar que el termómetro único para conocer los grados de bondad de los que os mandan, es la libertad que os concedan de promulgar vuestras ideas, vuestros deseos y vuestros sentimientos. S. C.

EN LA IMPRENTA DE LA NACION.